

POSTALES DE LA VILA

POSTAL EN AMARILLO

Ortega y Gasset, en su obra *La rebelión de las masas*, intuyó cuál iba a ser la esencia de la civilización occidental del siglo XX: las masas, precisamente. Ellas han invadido todos los aspectos de la vida. Por ello, la economía, la política y la cultura han debido amoldarse a controlar y satisfacer a las masas en un momento histórico en el que tanto las élites como las minorías son mal vistas y resultan sospechosas (el disidente de la masa es siempre sospechoso).

Y así, todo el mundo piensa en las masas con el objetivo de controlarlas o de venderles algo: políticos, fabricantes, comerciantes, diseñadores, periodistas, artistas, publicistas...

Los espectáculos juegan un papel importante, también en nuestra civilización, por su poder de control y por su capacidad de venta, y en nuestra época, los espectáculos son, por supuesto, de masas, pues cuando los escenarios se quedaron pequeños aparecieron los medios de comunicación de masas, que controlan al tiempo que venden también.

Entre los espectáculos del siglo XX los deportes han devenido eventos seguidos masivamente, en directo o a través de los medios de comunicación. Y entre los deportes, como no, el fútbol, el rey, es el número uno en niveles de audiencia en

todo el mundo occidental, si excluimos la América del Norte, donde tienen sus propios deportes masivos.

Algunos intelectuales, cada vez menos, se resisten a ser subyugados por la pasión por el fútbol, y vienen a decir que se ha convertido en el nuevo opio para el pueblo. Esta opinión podría incluso estar justificada después de ver a un obispo lanzar su mitra al aire por cuestiones futbolísticas. Y es que, si Marx viviera hoy en día tal vez cambiaría su opinión respecto al liderazgo de la religión como adormecedora de conciencias y voluntades. Hoy en día no me cabe ninguna duda de que el fútbol es el opio del pueblo, la válvula de escape de las pasiones de la clase media (en la actualidad casi todo el mundo somos clase media).

Y quien tenga dudas respecto a lo anterior, que lea esta perla del presidente brasileño Joao Goulart, quien en 1962, tras el éxito de la selección de su país en el mundial celebrado en Chile, dijo: "No tenemos arroz, ni pan, pero tenemos a Pelé, Garrincha, Amarildo y la Copa. Es lo principal". Lo peor de todo es que una buena parte del país debía sentir lo mismo en aquellos momentos.

Y quién no recuerda aquel campeonato del mundo de 1978, ganado por Argentina en su propio país, un país humillado y ultrajado por una Junta Militar cuyo presidente, Videla (el secuestrador de niños), celebraba ufano la victoria de la selección albiceleste, mientras el pueblo olvidaba

sus cuitas por unos días de fútbol y rosas: patriotismo barato.

Mussolini ya conocía el enorme poder del fútbol, ¡en 1934!, y organizó un mundial en Italia para demostrar el poderío de la escuadra *azzurra* y, de paso, las virtudes del fascismo, que devolvería a la patria a los tiempos de sus mejores logros históricos. Por supuesto ganaron el campeonato los italianos. Y lo volvieron a ganar cuatro años después, tal vez gracias a la amenaza del *Duce* al seleccionador nacional italiano, el legendario Giuseppe Meazza, a quien en un telegrama se le exigía "vencer o morir". Los húngaros, finalistas derrotados, tuvieron un motivo de consuelo tras el partido: habían salvado la vida a sus contrincantes.

¿Y en España? ¿Qué ocurre en esa España dividida en los últimos tiempos por el Clemente sí, Clemente no? Recuerden el gol de Zarra a la pérfida Albión en el mundial de Brasil de 1950, que fue como recuperar un trocito del Peñón de Gibraltar en un país hambriento de tantas cosas. O recuerden, mucho más recientemente, las manifestaciones multitudinarias en Sevilla y Vigo en protesta por el descenso a segunda división por causas burocráticas, de sus equipos de fútbol (por otros motivos no se recordaban manifestaciones tan populosas en esas ciudades). Por supuesto, la movilización masiva consiguió sus objetivos. Y como poder obviar las sesiones maratónicas de fútbol televisivo, en un país donde este deporte



es cuestión de interés general (Cascos dixit). Por no hablar de la conexión fútbol-nacionalismo: el Athletic de Bilbao sólo compite con jugadores de origen vasco; y Cataluña tiene en el Barça a su mejor embajador, al tiempo que paladín, justiciero y mercenario contra el centralismo madrileño, aliviado con cada victoria *culé*.

Capítulo aparte merece la cada día más preocupante vinculación entre la violencia y el fútbol. El fenómeno *hooligan*, nacido en Inglaterra, ha traspasado fronteras y amenaza a todos los países, sin que los gobiernos sepan cómo actuar para controlar a una bestia que han ayudado a nacer y crecer, porque, ¿es tan fácil dejar que los jóvenes sin futuro se distraigan emborrachándose y destrozando propiedades (y alguna cabeza) ajenas, espoleados por la pasión futbolística! ¿Peor sería que armaran otro mayo francés!, debe pensarse en las cancillerías de media Europa. El fútbol es así: adormece, distrae y, además, engancha.

El caso es que, *futbolero* como soy, siempre he sido y seré defensor del fútbol como espectáculo. Gustar del fútbol no es



incompatible con ser amante de la lectura, del cine, de la música, de la contemplación de las artes plásticas, de todas aquellas cosas que nos hacen más humanos y mejores. Y, fundamental, no es incompatible con no perder la perspectiva de las cosas. Nunca he entendido, por tanto, el fanatismo aplicado al fútbol, con todo lo que conlleva.

Pero, a pesar de todo, yo también estuve allí el 24 de mayo, en la Plaza Mayor, sufriendo y pasándolo fatal hasta que Díaz

Vega pitó un final que nunca llegaba. Y estuve al día siguiente, en la manifestación más grandiosa y masiva que se recuerda en Vila-real (lo superlativo es muy propio del lenguaje futbolístico). Ni la protesta contra las pruebas nucleares francesas, ni contra la violencia etarra, ni la concesión del agua potable a FACSA, ni la defensa de la educación pública ha congregado a tanta gente en la plaza Mayor. El fútbol sí. Y yo también estuve allí, y decidí poner algo más de amarillo en mi vida. Por un momento todo lo demás quedaba en segundo plano, porque ahora éramos de primera. Y soñamos que Cenicienta acudía a la fiesta de las estrellas a bordo de un submarino (*yellow, of course*), ataviada con un elegante, pero discreto, vestido amarillo, por supuesto, con la intención de no regresar a las 12 de la noche a casa, sino de prolongar el baile con las estrellas hasta aquel día en que todos nos demos cuenta de que la vida es sólo sueño, y los sueños fútbol son.

Felices sueños amarillos.

EDUARDO PÉREZ ARRIBAS

MODA INFANTIL - JUVENIL

**TODO PARA SUS HIJOS EN LA
NUEVA TIENDA**

Avda. Pío XII, nº 2

**TEL. 964 52 66 51
VILLARREAL**